



MUJERES INSURGENTES

Carmen Saucedo Zarco



Retrato de la niña *Independencia* de Leonora Camila
Ucarío Fernández 23 San Salvador

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



MUJERES INSURGENTES

Carmen Saucedo Zarco

MANUELA DE ROJAS TABOADA TENÍA UNA VIDA CÓMODA en Dolores cuando estalló la rebelión. Comprometido por Hidalgo, Mariano Abasolo no parecía estar muy seguro de unirse a la insurrección. Se lo impedían, tal vez, su juventud, su mediana fortuna, su madre, su joven esposa y su pequeño hijo. Un conflicto de conciencia pudo haberle afectado cuando vio cómo se apoderaban de los bienes de su difunto suegro. Aun así, vigilado por sus compañeros de armas prosiguió con Hidalgo. Manuela, en tanto, hacía esfuerzos denodados para que su esposo abandonara a los insurgentes. Abasolo le expresó a Allende el deseo de abandonar la lucha, entre otras razones, por estar haciendo “infeliz a mi familia”. Tanto él como Manuela coincidían en que debían dirigirse a los Estados Unidos para ponerse a salvo, pues bien sabían la suerte que les esperaba si era aprehendido.

En Guadalajara, Manuela consiguió de Calleja el indulto para su marido, a quien le escribió, pues ya estaba en Saltillo, urgiéndolo a entregarse. Fatalmente, Abasolo no logró evadirse y cayó con los demás en la emboscada de Acatita de Baján. Atrás venían Manuela, su madre y su hijo. Incansable, Manuela insistió ante las autoridades ponderando la conducta que su esposo había tenido durante las hostilidades, destacando su ausencia en las matanzas de españoles y en las gestiones que hizo para salvar a otros. Manuela sintió un gran alivio cuando le perdonaron la vida a su marido, pero ignoraba el tremendo calvario que le esperaba. Abasolo fue condenado a presidio perpetuo en el Castillo de Santa Catalina en Cádiz. Manuela lo acompañó, lo cuidó y procuró; vivió junto a la mazmorra en que lo arrojaron, hasta que él murió el 14 de abril de 1816.

En el momento en que Ramón Rayón rindió el fuerte de Cópore el 7 de enero de 1817, entre las mujeres estaba la esposa de su hermano Ignacio con sus cuatro hijos, el mayor de los cuales no había cumplido siete años, pues a todos los había parido en el fragor de la guerra. Ese día el realista Aguirre puso en sus manos el indulto para su marido y el encargo de persuadirlo para que lo aceptara, pero la obstinación de éste los regresó

a la vida de fugitivos, pues hasta partidas de insurgentes enemigas los perseguían. Tiempo después, cuando Rayón fue encarcelado, Mariana Martínez Rulfo lavaba ropa y pedía limosna para dar de comer a sus hijos, además de hacer gestiones para liberar a su marido de la prisión y de los lacerantes hierros que le pusieron en los pies.

Ignacio Rayón recorrió gran parte del territorio insurgente, desde Saltillo hasta Huajuapán en Oaxaca, entre la sierra y la Tierra Caliente, siempre seguido de su familia. Su secretario registró algunos detalles que nos revelan sólo un poco de la vida en campaña, como el del jueves santo de 1813, cuando “en prueba decisiva de su religiosidad, recibió la comunión pascual en compañía de la excelentísima señora, empleados y oficiales del cantón”. Más adelante, escribió: “Día 14 [de agosto de 1813]. Se recibió la noticia del feliz alumbramiento de la excelentísima señora ministra doña Mariana Martínez, que ha celebrado el vecindario con iluminaciones, salvas y otras demostraciones de regocijo, bastante significativas”. Al día siguiente, Rayón recibió los parabienes de sus oficiales y en la noche se celebró un baile. Por este acontecimiento familiar, sabemos que Mariana había tenido un hijo en Puruándiro, pero igno-





ramos las condiciones en las que tuvo a la criatura y su estado de salud. Antes de terminar el mes, ya estaban en camino hacia la Tierra Caliente para ponerse a salvo del asedio realista.

Mariana Martínez Rulfo había dejado su corredor lleno de macetas de recién casada en una casa a la que no regresó. Durante el asedio al fuerte del cerro de Cóporo “los alojamientos consistían en pequeñas casuchas de otate, y sólo Rayón con su familia y hermanos ocupaban tres cuevas situadas a la derecha de los parapetos, y tan próximas a éstos, que la artillería descansaba sobre sus bóvedas”.

Leona Vicario habría vivido situaciones semejantes cuando abandonó las comodidades de su casa en la Ciudad de México. Casada con Andrés Quintana Roo, luego de fugarse, la pareja sufrió todas las dificultades inherentes a la causa que habían elegido. De Oaxaca fueron a Chilpancingo, Apatzingán, y de ahí, realizaron un largo recorrido huyendo de las fuerzas realistas que perseguían al Congreso, del que era miembro Quintana Roo. Soportaron, a pesar de todo, el desaliento que siguió a la aprehensión de Morelos y que causó numerosas deserciones. Viajando con los Rayón, Leona dio a luz a su primogénita, a principios de 1817, en una cue-

va en Achipixtla, un lugar situado en la Tierra Caliente, entre el Balsas y Apatzingán. El propio Rayón fungió como padrino de la niña Genoveva. Ocultos en la Sierra de Tlatlaya, cerca de Sultepec, fueron encontrados por las fuerzas realistas en marzo de 1818, ante las que no tuvieron más remedio que indultarse.

Carlos María de Bustamante se quejaba amargamente de las vejaciones que los realistas hicieron a Manuela García Villaseñor “esposa y compañera en la revolución”, quien lo siguió en la insurgencia y en la humillación del indulto. Sólo eran “dos esposos víctimas de un amor patriótico”. Como Manuela, hubo muchas otras cuyo único delito fue ser esposa, amante, hija, hermana o madre de algún insurgente. Los realistas las retuvieron como rehenes para obligar a los insurgentes a entregarse o a indultarse, lo que no siempre ocurrió. Los beaterios, recogimientos y cárceles estaban atestados, y por más que suplicaban ellas, fue hasta 1820 cuando comenzaron a liberarlas.

Resulta curioso, en el sentido contrario, el secuestro de Francisca de la Gándara, esposa de Calleja. El matrimonio vivía en San Luis Potosí cuando Calleja se dispuso a reunir a su ejército para perseguir a los sublevados. Confiado, el militar dejó a su mujer en la ciudad para

emprender la campaña. No muy segura de quedarse, Francisca salió rumbo a Ciénega de Mata para reunirse con su hermana, pero en el camino, una partida de rebeldes la detuvo. Se movía en aquella región Rafael Iriarte, antiguo empleado de Calleja, quien, al enterarse del precioso botín recién adquirido, dio órdenes de retenerla. Iriarte dispensó toda clase de atenciones a la dama sin imaginar que su propia esposa sería igualmente secuestrada en Pinos. Ambas señoras fueron liberadas y regresadas a sus maridos, que en adelante no se les separaron.

En una especie de pequeña corte itinerante, Félix María Calleja se hizo acompañar de su esposa a los lugares en los que presentó combate a los levantados, desde la recuperación de Guadalajara en enero de 1811, la destrucción de Zitácuaro un año después, hasta el sitio de Cuautla a mediados de 1812. Con gran paciencia, Francisca soportó la iracundia y enfermedades de su bilioso marido.



Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

